

EL LENGUAJE PRIVADO DE LORENZO DEUS

Carlos Schilling

Hace mucho tiempo que no me dedico a la filosofía, así que ignoro cuáles son los problemas que se discuten hoy en las universidades del mundo. Me siento como esos personajes de ciencia ficción que han permanecido congelados durante décadas y de pronto despiertan en un planeta desconocido. No pretendo sugerir que yo era un filósofo destacado antes de retirarme del negocio especulativo. Apenas había publicado tres ensayos en la revista *Nombres* y sólo uno atrajo la atención académica: mi tratado sobre la influencia de la teoría del conocimiento de Thomas Hobbes en los métodos deductivos de Sherlock Holmes. Sería tedioso extenderme sobre las hipótesis de ese ensayo que se hizo más popular en Inglaterra que en la Argentina (lo que me valió el calificativo de “empirista imperialista”), pero sí quiero subrayar que este retorno imprevisto al campo de batalla intelectual no implica una revancha contra los filósofos que intentaron refutarme y mucho menos una nueva argumentación de mi vieja tesis. Lo que voy a desarrollar en estas páginas es otra idea, una idea que me asedia desde la época de estudiante y que no tiene ningún vínculo con el autor del *Leviatán* ni con el famoso detective inventado por Arthur Conan Doyle. Cuando digo que la idea me “asedia”, no exagero, realmente me asedia. No se va de mi cabeza. Está ahí, siempre ahí, como un fantasma. A veces me descubro parado en el patio del fondo de mi casa, en medio de los yuyos, con los ojos fijos en un punto invisible y murmurando en voz baja no sé qué razonamientos. Sin embargo, antes de exponer lo que denomino “mi teoría del uso privado del lenguaje público”, voy a permitirme recordar la tarde en que visité a Daniel Vera, el único amigo filósofo que he conservado durante todos estos años de exilio académico.

Vera me recibió vestido con un buzo rojo, que era su uniforme oficial de maratonista veterano, y me invitó a tomar un café en una sala donde había más trofeos que libros. Ya había cumplido 80 años, pero se mantenía en perfecto estado físico.

–Vuelvo a la filosofía –le anuncié después del segundo o tercer sorbo de café, y no bien las palabras salieron de mi boca empecé a arrepentirme de haberlas pronunciado. Yo conocía a Vera lo suficientemente bien como para no esperar ninguna reacción efusiva.

–¿A qué se debe la reincidencia?

–Puedo probar que existe el lenguaje privado.

–¿Sí?

–Sí.

–¿Una prueba filosófica o psicológica?

–Filosófica. Le doy una vuelta completa al concepto de uso del lenguaje y me valgo de...

Vera me miró fijo, apoyó la taza de café sobre la mesa, se levantó del sillón, y sin quitar sus ojos de mis ojos, caminó hacia mí e hizo algo que nunca antes había hecho: me abrazó. No entendí el gesto en ese instante y la conversación posterior tampoco me ayudó a aclarar su sentido. Al día siguiente recibí un mail suyo que contenía una sola palabra:

Nemrod.

Supuse que el nombre del constructor de la Torre de Babel era una contraseña, una referencia bíblica mediante la cual Vera sugería que no me limitara a los aspectos lógicos y filosóficos del problema sino que sumara las dimensiones históricas, literarias y culturales implicadas en él. Si había una figura que encarnaba el concepto de lenguaje privado era ese rey mitológico condenado por el Dios del Antiguo Testamento a hablar un idioma que nadie entendía. Ni siquiera se me pasó por la cabeza la posibilidad de que el mensaje significara otra cosa. Mi única reacción fue burlarme de la sugerencia del viejo maratonista y calificar de pesada su erudición. Una persona adulta debería sentir vergüenza de comportarse como un chico, pero la verdad es que me dio un placer enorme ubicar el cursor del mouse al final de la palabra Nemrod y borrarla letra por letra, despacio, muy despacio, desde atrás hacia adelante. Así:

Nemrod

Nemro

Nemr

Nem

Ne

N

Mi soberbia tiene una explicación. Yo contaba con un nombre mucho menos mitológico para sostener mi tesis: Lorenzo Deus. No creo que lo conozcan, así que lo presento en sociedad. Fue uno de los últimos cautivos de los indios ranqueles en la provincia de Santa

Fe. Lo capturaron en una estancia de su padre, cerca de Rosario, el 13 de junio de 1872, cuando Lorenzo tenía 8 años. Él mismo cuenta el episodio en un relato autobiográfico que recién fue publicado en 1985 en la revista *Todo es Historia*. Había encontrado un lugar seguro donde esconderse en un rincón del rancho, detrás de un mortero de madera, pero cuando los indios terminaron de saquear la estancia y ya se estaban retirando, en medio del fuego y del humo de los techos de paja incendiados, el puestero desesperado sacó a Lorenzo de ese escondite y lo llevó a otro lado, con tanta mala suerte que un indio rezagado los vio y tomó al niño como cautivo. “Me alzó a la grupa de su caballo y con una sogá me ató la cintura a la suya y salió a todo galope del caballo, porque unos quince vecinos cristianos venían muy cerca a pelear a los salvajes, que casi alcanzan al que me llevaba y me rescatan a mí”. Tardaron dos meses en recorrer el camino de vuelta hasta el campamento de los ranqueles; Lorenzo recuerda que nevaba el día en que llegaron. Lo más interesante para mi argumento es la relación del cautivo con el idioma de los indígenas. Dice que lo aprendió en solo tres meses porque tenía un “vocabulario reducido y fácil de pronunciar”. Supongo que esa frase no pasará el detector de prejuicios culturales de muchos lectores, pero antes que a un acto reflejo de supremacía racial, yo prefiero atribuirlo a la infinita capacidad que tienen los niños para asimilar los vocablos de las lenguas más extrañas. De todos modos, es una apreciación secundaria, que no importa demasiado o sólo importa como introducción a los dos pasajes que voy a citar completos porque son fundamentales para mi teoría del uso privado del lenguaje público.

1) “Los cautivos al poco tiempo no más de estar entre los indios se olvidaban de su propio idioma, porque los salvajes les prohibían bajo pena de severos castigos de que hablaran el castellano, sino solamente el dialecto indio y hasta su legítimo nombre y apellido civilizados se olvidaban por completo, sobre todo cuando eran cautivos de corta edad, al año de haber llegado ya no se acordaban ni de dónde había sido capturados, y les ponían nombres indios. A mí me dieron el nombre de Marunancú, que traducido literalmente al castellano significa (Marú-diez, Nancú-Águila). Que se escribía “Diez Águilas”, pero yo me hacía el sordo cuando me llamaban por ese nombre, porque no me gustaba, y hasta que por fin me nombraron por el mío propio civilizado y como los indios no lo podían pronunciar bien me decían Lorenzú.”

2) “Yo conservé fresco el recuerdo de mi idioma civilizado, de mi familia y del sitio que había sido cautivado, porque cuando me encontraba solo en el campo hablaba con el espacio, con los pájaros, con el sol, con la Luna, etcétera para no olvidarme de mi lengua, de mi familia y del sitio en que nací.”

Antes de comentar los dos pasajes quisiera explicar por qué el problema del lenguaje privado me asedia desde el día en que Daniel Vera lo expuso en un seminario sobre Ludwig Wittgenstein. La figura de Wittgenstein siempre me resultó intimidante. Recuerdo la sen-

sación que me provocaba su nombre en la época en que empecé la carrera de Filosofía y aún no había leído ninguno de sus libros. La sensación era nítida y persistente y podría definirla con una sola palabra: miedo. Se trataba de un miedo vergonzoso para alguien que pretendía convertir su mente en un instrumento de supervivencia académica. Tan vergonzoso que recién ahora, 45 años después, me atrevo a confesar que era miedo intelectual. Un componente no menor de ese miedo era el título del libro más famoso de Wittgenstein, el *Tractatus Logico-Philosophicus*. Me hacía pensar en una serpiente constrictora. Una ofidio que se deslizaba entre las ideas y las devoraba una por una. Pese al miedo, o tal vez gracias al miedo, fui uno de los pocos alumnos que se inscribió en el seminario y el único que sobrevivió hasta la última clase. Se hablaba mucho de Vera en la Facultad de Filosofía, aunque nada de lo que se decía lo beneficiaba. Encarnaba una contradicción inaceptable: poeta y lógico. O viceversa. Alguien dijo que la lógica de Vera se entendía menos que su poesía. Sonreí como un Judas esa vez y también colaboré con un anatema, pero la verdad es que no hubiera entendido ninguna de las frases del *Tractatus* sin la ayuda de sus comentarios minuciosos. Fue en la segunda parte del seminario cuando expuso el problema del lenguaje privado. Yo aún no había leído las memorias de Lorenzo Deus, así que estaba indefenso y me sentía incapaz de desarticular los argumentos de Wittgenstein con mis conceptos tartamudos, pero algo en mí, algo íntimo, profundo, sólido, y mucho más inteligente que la versión universitaria de mí mismo se oponía a esa concepción del lenguaje. No discutí. No hablé en toda la clase. Me volví caminando a mi departamento, treinta cuerdas sin saludar a nadie, sin ver a nadie, tan concentrado en mis pensamientos que tenía la sensación de que iban adquiriendo vida propia y giraban en mi cabeza como insectos alrededor de un foco de luz. ¿Cómo que no hay lenguaje privado? ¿Cómo que no hay ideas incommunicables? ¿Cómo que no hay intuiciones? ¿Cómo que no hay iluminaciones? Y esto, y esto, y esto, gritaba sin abrir la boca, aturcido por la elocuencia de mi silencio, mientras señalaba una y otra vez con un dedo mental mis propias ideas incommunicables, mis propias intuiciones y mis propias iluminaciones, ¿qué es todo esto, señor Wittgenstein?

Esos raptos no se manifestaban tan seguido como en estos últimos años y aún no me hacían hablar solo con los yuyos del patio (entre otras razones porque no tenía plantas en mi departamento de estudiante), pero estaban presentes en mí de una forma larval. Me había vuelto sensible a cualquier cosa que aludiera o pareciera aludir al lenguaje privado, y por eso detecté enseguida el potencial de las palabras de Lorenzo Deus cuando las leí en la revista *Todo es Historia*. Fueron una verdadera revelación y tal vez lo más adecuado hubiera sido escribir en ese momento una refutación a Wittgenstein, pero aún no me sentía preparado y opté por ocupar mi cabeza en terminar la carrera y en componer los ensayos que fueron publicados en la revista *Nombres*. El debate sobre la influencia de Hobbes en los métodos deductivos de Holmes me convirtió por unos meses en la estrella de la Facultad de Filosofía. Acababa de recibirme y ya hablaban de mí en Oxford. Por supuesto, hubo

personas que no pudieron soportarlo y decidieron boicotear mis aspiraciones académicas. Me negaron dos veces las becas de doctorado. Rechazaron mi postulación a ayudante de cátedra en Filosofía Moderna. No me dejaron más opciones que dedicarme al periodismo. Vera ya había empezado a correr carreras de larga distancia, se estaba alejando del mundo académico a su manera, y la influencia que tenía en la Universidad era peor que nula, era contraproducente, de modo que todo lo bien que habló de mí fue usado en mi contra. Por suerte, hace muchos años que el gusto ácido del resentimiento no me sube desde el estómago hasta la boca. Mi aliento ya está limpio, y esa voz aséptica es la que necesito para comentar los dos pasajes de Lorenzo Deus antes citados.

La insistencia en el nombre propio es la clave del primer pasaje. Más que insistencia, debería decir resistencia. Supongo que los ranqueles trataron de seducir al niño llamándolo Marunancú, Diez Águilas, que significaría lo mismo que ofrecerle el cielo. Sin dudas es una exageración y una ironía a la vez, algo tan desproporcionado como llamar Aconcagua a un enano. Diez Águilas no es nombre de niño, es nombre de cacique, nombre de guerrero, nombre de cazador. Cualquiera adulto hubiese captado la burla implícita en el elogio, pero ni siquiera la versión veterana de Lorenzo Deus se da cuenta de que los indios se le estaban riendo en la cara. No es que fuera un retrasado mental, todo lo contrario, era un niño muy inteligente, y en cierto modo aquel niño inteligente seguía vivo en la mente del viejo que escribía sus memorias, muchísimos años después, tan vivo que la resistencia permanecía activa, como un punto opaco, un núcleo de negación, todavía impermeable al nombre que habían pretendido imponerle en contra de su voluntad. Me explico mejor: a los 8 años Lorenzo ya era demasiado Lorenzo como para imaginar una variante de sí mismo distinta a Lorenzo, y es que Lorenzo, las sílabas de la palabra Lorenzo, Lo-ren-zo, resonaban en todos los órganos de su cuerpo y los llenaban con una vibración íntima que ningún otro nombre podía generar. Ahora que yo también digo Lorenzo mientras escribo estas páginas, compruebo que por más que lo repita mil veces no me afecta del mismo modo en que me afecta mi nombre cuando lo pronuncio sin mover los labios: Carlos, Carlos, Car-los. La única propiedad de Lorenzo era su nombre, su nombre propio, y como por definición toda propiedad es privada, el uso de su nombre propio sólo podía ser privado.

El segundo pasaje alude a un ejercicio de higiene mental. La resistencia se vuelve persistencia. Lorenzo no quiere olvidar su casa, sus padres, la clase de niño que era antes de ser un cautivo. Conservar la memoria le exige conservar el idioma natal: el idioma que no puede hablar con nadie en el campamento. Yo no sabría decir si es estrategia, instinto, o una rara combinación de ambos. Lo cierto es que ahí está, solo en el campo. Puedo verlo a la distancia de 150 años: un niño que camina entre los yuyos, de espalda a los ranchos y de cara a un horizonte lejanísimo. Camina y mueve los labios, tal vez ni siquiera mueve los labios: murmura, apenas murmura. Señala con el dedo un pájaro que pasa volando y dice pájaro, señala el sol que brilla en el cielo y dice sol, señala

todo el espacio que lo rodea y dice espacio. Y a medida que dice pájaro, a medida que dice sol, a medida que dice espacio, se va vaciando del mundo que día tras día el idioma ranquel vierte a través de sus oídos y deposita en su mente. Se limpia, se despoja, se purifica. No sólo puedo verlo a la distancia, también puedo imitarlo, y de hecho lo he imitado más de una vez, al principio sin saber por qué, simplemente para repetir una experiencia que me parecía única y que identificaba como un uso privado del lenguaje público, una prueba concreta de que Wittgenstein estaba equivocado. Pero con el tiempo la imitación se volvió una rutina, algo más sintomático que una rutina, un instinto, un reflejo condicionado que se activaba y se sigue activando como si tuviera voluntad propia. Voy a dar un ejemplo: el domingo 16 de septiembre salí a caminar por la Costanera como todos los fines de semana. Siempre uso ropa que revela mi falta de fe en el progreso de la indumentaria deportiva, y completo el circuito a una velocidad que no pone en riesgo ninguno de mis órganos vitales. El ritmo regular de mis pasos y el paisaje urbano conocido me convierten en una especie de fantasma, una versión fluida de mí mismo que es como una pura conciencia ambulante. No veo, no huelo, no siento, no existo, sólo pienso. Debería explicarlo mejor, pero no hay un pronombre adecuado para conjugar el verbo pensar en este caso. Digamos que ese hombre que soy cuando camino por la Costanera es atravesado por un pensamiento sin persona, una idea que se despliega en el espacio en tantas direcciones posibles que ninguna mente, ni la mía, ni la de Wittgenstein, ni la de Lorenzo Deus sería capaz de trazar el mapa de todas sus derivas. Tan desconectado estaba ese domingo que ni siquiera vi pasar a Daniel Vera a mi lado, sólo escuché un grito a lo lejos, algo que sonaba como un saludo y sin embargo no era un saludo. No sé cuánto tardé en pararme, girar y descubrir quién era la persona que me gritaba. Vera vestía su buzo rojo y parecía más joven que todos los esforzados atletas y ciclistas que nos rodeaban. Entre un instante y otro, hubo un lapso de tiempo indefinido, un paréntesis en que la conciencia impersonal se volvió conciencia personal y me di cuenta de que yo (yo, Carlos, Carlos, Car-los) estaba hablando solo y ni siquiera escuchaba lo que decía. No tenía la menor idea de cuándo había empezado a murmurar en medio de la Costanera. El grito de Vera hizo algo más que frenarme, también me dejó mudo, con la mente en blanco, mejor dicho, en rojo, un rojo idéntico al de su buzo que se había transformado en el color de mi vergüenza. Entendí lo que me gritaba. Una sola palabra. Un nombre. Lo saludé y seguí caminando sin cambiar de ritmo, pero extremadamente atento a cada uno de mis pasos y a cada uno de mis pensamientos. Me mordía los labios para evitar que se movieran solos. Si pasaba un pájaro volando ante mis ojos no decía mentalmente pájaro, y aunque brillara el sol en el cielo y mi cuerpo atravesara el espacio, yo hacía lo imposible para eliminar de mi cabeza la palabra sol y la palabra espacio. Completé el circuito y volví a casa con la sensación de que había desfilado desnudo frente a cientos de personas. El grito seguía resonando en mis oídos.

Nemrod.

Otra vez Nemrod, aunque ahora Nemrod tenía un significado distinto. Era obvio que no se trataba de una sugerencia erudita, ni de la última lección de un profesor genial a un alumno poco aventajado. Simplemente Vera estaba preocupado por mi salud mental. Lo que yo no había percibido en su abrazo ni leído en su mail terminé escuchándolo en su grito. Tenía miedo de que me estuviera volviendo loco y su única manera de advertírmelo sin que yo me sintiera insultado fue aludir al constructor de la Torre de Babel. Hizo falta una descarga de vergüenza pública para comprenderlo, pero lo comprendí, y fui comprendiéndolo cada vez mejor a lo largo de ese día, porque después de ducharme y de vestirme, me encerré en mi escritorio, prendí la computadora, y en un documento en blanco escribí, letra por letra, no sé cuántas veces:

N

Ne

Nem

Nemr

Nemro

Nemrod

El nombre de Nemrod también remitía a un amigo común, un poeta que los dos admirábamos: Bernardo Schiavetta. Yo había tenido la fortuna de leer en 1985, en la revista Escrita, el poema donde Schiavetta menciona por primera vez a ese personaje bíblico. Se titulaba “Prosopopeïa” y contenía un verso extraño de la Divina Comedia: *Raphel may amech izabi almi*. Esa fórmula se repetía siete veces como un conjuro. Transcribo la primera estrofa para que tengan una idea de la clase de impacto que me produjo:

RAPHEL MAY AMECH IZABÍ ALMI

no es posible entender esas palabras

pues nada significan: las pronuncia

Nemrod, que construyó en Babel la Torre

y que está condenado en el infierno

a no entender jamás ningún lenguaje.

Ningún otro poema tuvo un efecto similar en mi vida. Si no creyera que los críticos atentos son una especie extinguida, me evitaría indicarles que es posible rastrear esa influencia en varias de mis obras. Pero no es mi autobiografía literaria lo que estoy escribiendo, así que vuelvo a concentrarme en Schiavetta. Lo conocí cinco o seis años después de leer *Prosopopeïa*, cuando yo ya trabajaba como periodista. Él acababa de ganar un premio en España y el editor del suplemento cultural me mandó a entrevistarlo. Schiavetta vivía en París, pero estaba visitando a su madre, y yo le serví de guía en el nada laberíntico sistema literario cordobés. Volvimos a vernos cada vez con menos frecuencia en la década de 1990 hasta que ya no nos vimos más durante varios años. Sin embargo, yo seguía sus publicaciones a la distancia, sin perderme ningún detalle significativo, con esa clase refinada de indiferencia que es la curiosidad periodística. Un día me mandó una encomienda que contenía los dos primeros números de la revista *Formules* y allí leí su artículo titulado: “Cómo me puse a escribir el Libro”, un ensayo en el que invitaba a poetas de distintos países a que compusieran un poema infinito obedeciendo las reglas que él proponía. No podría decir si la idea me pareció más ingenua que ambiciosa o viceversa. ¿Qué verdadero poeta perdería su tiempo en una obra colectiva? Esa sensación no impidió que el poema sobre Nemrod continuara trabajando en mí hasta asimilarse a mi propia voz y a mis propios pensamientos. Más o menos una década después, me enteré de que la falta de entusiasmo de la liga internacional de poetas no desanimó a Schiavetta y se puso él solo a escribir su poema infinito. Era una versión desmesuradamente inflada de *Prosopopeïa*. No contento con el verso afásico de Nemrod, recopilaba muchísimos otros versos afásicos extraídos de poemas de todas las épocas y de todas las lenguas del mundo, lo que daba como resultado una colección de eructos, aullidos y estornudos. La tecnología colaboraba con su proyecto: ahora había una versión en Internet del poema babélico, traducido a distintos idiomas y con banda sonora y efectos de animación gráfica incluidos. Schiavetta era un fanático del injustamente olvidado escritor argentino Jorge Luis Borges. Supongo que en algún momento de su frenesí creativo se dio cuenta de que se había convertido en una especie de Carlos Argentino Daneri, el personaje del relato *El Aleph* que pretende retratar cada kilómetro del planeta en un interminable poema en alejandrinos. Pero Schiavetta no podía reírse de sus propios versos, de modo que en vez de borrar las huellas de ese delirio políglota y quedarse con unos pocos fragmentos, lo que hizo fue atribuir la obra a un poeta italiano contemporáneo de los dadaístas y de los futuristas, al que bautizó: Gianfranco della Schiavetta. Además del nombre propio, otro indicio de que era incapaz de distanciarse del poema es que siempre lo leía en los festivales de poesía, con una voz de tormenta bíblica que no sólo tronaba sino que también diluviaba sobre las primeras filas de oyentes. Una vez asistí con Vera a una de esas lecturas y, si bien nunca hablamos del tema, por el modo en que evitamos cruzar las miradas sé que los dos pensamos lo mismo: nuestro admirado poeta padecía un irreversible trastorno mental.

Desde su jubilación, Schiavetta había vuelto a vivir en Córdoba, y pese a que era un anciano no había perdido el instinto social de asistir a presentaciones de libros, conferencias y actos culturales. De hecho, lo encontré cinco días después, el viernes 21 de septiembre, en una sala municipal medio vacía donde todos los presentes nos conocíamos demasiado como para no detestarnos de manera recíproca. Estuve escuchando las conversaciones y discusiones en las que participaba Schiavetta hasta que se apagaron las luces y los cinco o seis sobrevivientes nos resignamos a compartir la cuenta del vino en un bar del centro. Puse toda la atención posible, pero en ningún momento de esas largas horas nocturnas, detecté en sus frases algo parecido a las partículas sonoras del verso de Nemrod. Me quedé hasta que cerraron las puertas del bar, con la esperanza de que el vino le aflojara la lengua y le nublara la mente y empezara a decir, por ejemplo, Raphel en vez de Rafael o may en vez de mayo o amech en vez de amén o izabi en vez de es a mí o almi en vez de alma. Fue inútil. Volví a casa decepcionado. Schiavetta no estaba loco, al menos no estaba loco de la forma en que suponíamos Vera y yo en nuestros comentarios telepáticos. Traté de convencerme a mí mismo de que una sola noche no constituía una prueba definitiva y me propuse seguirlo durante los próximos meses. Tarde o temprano, terminaría descubriendo los síntomas de su obsesión. Estaba seguro de que lo escucharía murmurar ese verso indescifrable en el lugar menos pensado: las escaleras de un museo, el baño público de un teatro o el pasillo de un centro cultural. A medida que elaboraba ese plan minucioso, digno del Sherlock Holmes de mi tesis sobre Thomas Hobbes, sentía que desde la periferia hacia el centro de mi mente avanzaban varios círculos concéntricos que se estrechaban en torno a la idea y la iban estrangulando de a poco. No sé si por intuición o por resignación comprendí que no hacía falta que Schiavetta murmurara *Raphel may amech izabi almi*, todo el tiempo y en cualquier parte, para demostrarme que estaba poseído por el fantasma del constructor de la torre de Babel. No hacía falta porque esas palabras resonaban en su cabeza desde el día en que las había copiado de la Divina Comedia y se las había apropiado en su poema. Eran como la sombra de cada cosa que decía: su lenguaje privado, su idioma secreto. Sólo por curiosidad las repetí en voz alta: Raphel may amech izabi almi, Raphel may amech izabi almi. Sentí lo mismo que siento cuando pienso en Lorenzo Deus y digo Lorenzo, Lorenzo, Lo-ren-zo. Nada particular. Ya amanecía, pero no quise acostarme, no tenía sueño, estaba tan lúcido como si hubiera recibido un trasplante de cerebro. Salí al patio y miré el cielo. No pude evitar que la palabra sol se formara en mis labios cuando vi el sol que se levantaba en el horizonte. También dije pájaro cuando un pájaro cantó a lo lejos y después dije espacio porque había espacio alrededor, muchísimo espacio, sólo que ese espacio y ese pájaro y ese sol, señor Wittgenstein, ya no estaban afuera sino adentro, en mis palabras, en esas palabras que nadie entendía excepto yo.